Había una Vez

Leónidas Andréiev

textos.info
Biblioteca digital abierta

Texto núm. 2011

Título: Había una Vez
Autor: Leónidas Andréiev
Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy
Fecha de creación: 25 de diciembre de 2016

Edita **textos.info**

Maison Carrée
c/ Ramal, 48
07730 Alayor - Menorca
Islas Baleares
España

Más textos disponibles en http://www.textos.info/

Son los sentimientos y no las ideas los que impulsan al hombre.

Schopenhauer

I

Un rico comerciante que no ten??a familia, Lorenzo Petrovich Koscheverov, llegó a Moscú para consultar con los médicos. Dado que su enfermedad presentaba cierto interés cl??nico, se le admitió en la Cl??nica de la Facultad. Dejó su maleta en el vest??bulo.

En la sala de enfermos le recogieron su traje negro y su ropa interior, dándole en cambio una larga blusa gris, ropa interior limpia, que llevaba marcada "Sala 8", y unas zapatillas. La camisa era pequeña y la enfermera fue a buscar otra.

—¡Es que sois tan grandes! —exclamó al salir del cuarto de baño donde los enfermos cambiaban de ropa.

Lorenzo Petrovich, medio desnudo, aguardó con paciencia su regreso. Bajando su cabezota calva, contempló su alto pecho atentamente, colgante como el de una vieja, y su vientre, algo inflado, que ca??a hasta las rodillas. Todos los sábados tomaba un baño y examinaba su cuerpo, pero ahora le parec??a muy distinto: débil, enfermizo, a pesar de su vigor aparente. Desde el instante que le quitaron la ropa, llegó a creer que no se pertenec??a ya y estaba dispuesto a hacer todo cuanto se le dijera.

La enfermera volvió con otra camisa y, aunque Lorenzo Petrovich era lo bastante fuerte aún para aplastar a la buena mujer con sólo un dedo, la permitió dócilmente que le vistiera y pasó, torpemente, la cabeza por la camisa. Con igual obediencia y torpeza esperó a que le anudara las cintas de la camisa alrededor del cuello y la siguió a la sala. Andaba muy suavemente, con sus pies de oso, como suelen andar los niños cuando las personas mayores les llevan a donde no saben, tal vez a castigarles. La nueva camisa también era estrecha y le molestaba, pero no ten??a valor para dec??rselo a la enfermera, a pesar de que, en su casa de Saratov, muchos hombres temblaban ante su mirada.

—¡Esta, ésta es su cama! —d??jole la enfermera, indicando un lecho alto y limpio.

No era más que un rincón de la sala, pero precisamente por eso le agradó a aquel hombre, agotado por la vida. Como si se librara de alguien, quitó se la blusa y las zapatillas, y se acostó. Desde ese instante, todo cuanto le habla irritado y torturado aquella mañana, perdió su importancia para él. Por su mente, como un relámpago, pasó toda su vida anterior: la enfermedad, traidora, que d??a tras d??a devoraba su vigor y sus fuerzas, la triste soledad en medio de gentes ávidas y ego??stas, el ambiente de mentira y falsedad, de odio y terror, la huida hasta all??, hasta Moscú. Luego se borró todo, no dejando en su alma más que un dolor sordo. Y, sin que ningún pensamiento le atormentase, Lorenzo Petrovich durmióse con un sueño pesado y profundo. Lo último que vieron sus ojos antes de dormirse, fue un rayo de sol contra la pared. Luego llegó el olvido largo y absoluto.

Al d??a siguiente, pusieron en su cama, sobre su cabeza, una placa negra con la inscripción: "Lorenzo Koscheverov, comerciante, 52 años, ingresado el 25 de febrero". Placas semejantes hab??a sobre las camas de los otros enfermos de la misma sala. En una se le??a: "Felipe Speransky, chantre, 50 años". En la otra: "Constantino, estudiante, 23 años". Sobre las placas negras destacábanse inscripciones hechas con tiza, que recordaban las que se hacen sobre las tumbas: "Aqu??, en esta tierra húmeda y helada, yace un hombre".

El mismo d??a pesaron a Lorenzo Petrovich. Pesó 102 kilos.

—¡Es usted el hombre más pesado de todas las clínicas! —bromeó el practicante.

Era un joven que hablaba y obraba como el médico mismo, porque el azar tuvo la culpa de que no recibiera instrucción universitaria. Esperó a que Lorenzo Petrovich respondiera con una sonrisa, como hac??an todos los enfermos cuando el medico les gastaba una broma. Pero aquel enfermo estaba, visiblemente, de mal humor; sus ojos miraban al suelo y sus labios estaban apretados. Ello fue una desagradable sorpresa para el practicante; cre??a ser un gran isonomista, y el nuevo enfermo, al ver su cráneo calvo, fue clasificado por el entre las personas de buen humor. Ahora hab??a que clasificarle entre los misántropos. Ivan Ivanovich —este era el nombre del practicante—, pensó que, así y todo, habr??a que pedirle algún d??a su autógrafo para juzgar su carácter.

Después de haber sido pesado, los médicos examinaron por vez primera a Lorenzo Petrovich.

Llevaban largas blusas blancas, lo cual les daba un aire de mayor importancia aún. A partir de aquel d??a, le examinaban diariamente una o dos veces, solos o seguidos de estudiantes. Obediente, a su demanda, se quitaba la camisa y tend??a en el lecho su enorme humanidad. Los médicos le auscultaban el pecho con una maza de madera y un aparato especial, cambiando observaciones e indicando a los estudiantes tal o cual particularidad. Le preguntaban con frecuencia sobre su vida anterior, y el contestaba dócilmente, por más que aquello le enojara. De sus respuestas se deduc??a que com??a mucho, beb??a mucho, le gustaban mucho las mujeres y trabajaba mucho. A cada uno de estos "muchos", el mismo, asombrado, se preguntaba cómo pod??a haber llevado una vida tan antihigiénica y tan irracional.

Los estudiantes también le auscultaban. Ven??an con frecuencia, en ausencia de los doctores, y le ped??an que se desnudara, unos con resolución y otros t??midamente. Y de nuevo examinaban su cuerpo con interés. Graves y serios, anotaban todos los detalles de su enfermedad en un cuaderno especial. Dir??ase que él no se pertenec??a ya, y durante todo el santo d??a era accesible objeto de estudio para todos.

Obedeciendo a los enfermeros, arrastra pesadamente su cuerpo a la sala de baño, desde donde le dirig??an a la mesa en que com??an o tomaban té los enfermos que podían andar, Le palpaban, le examinaban por todos lados, como jamás hab??an hecho antes y, a pesar de todo, durante todo el d??a sent??ase profundamente solitario. Parec??ale que iba de viaje, que todo aquello era pasajero, como en el vagón del ferrocarril. Las paredes blancas, sin una mancha, los altos techos, no eran como los de una casa donde las personas se instalan por mucho tiempo. El suelo estaba demasiado limpio y brillante, el aire mismo estaba demasiado regulado y no se percib??a ninguno de esos olores que se perciben en las casas particulares. Se dir??a que aqu?? el aire era indiferente. Los médicos y los estudiantes bromeaban, dándole palmaditas en los hombros, procurando consolarle. Pero después que se marchaban, le parec??a que eran empleados de un tren que le llevaba a un destino desconocido.

Hab??an transportado ya millones de hombres y continuaban transportándolos diariamente, y todas sus conversaciones y preguntas se

refer??an solamente a los billetes del tren.

Cuanto más se interesaban por su cuerpo, en mayor soledad se encontraba.

—¿Qué d??as son de visita? —preguntó una vez a la enfermera, sin mirarla.

—Los domingos y los jueves. Pero el doctor puede autorizarlas también otros días.

—¿Y qué hay que hacer para que no admitan a nadie que venga a verme?

La enfermera, sorprendida, respondió que ello era posible, y él quedó contento. Todo el d??a estuvo de buen humor; aunque casi no hablaba, escuchaba más benévolo la charla alegre e interminable del chantre enfermo.

El chantre hab??a venido del distrito de Tambov, un d??a antes que Lorenzo Petrovich; pero ya conoc??a a los pacientes de las cinco salas que hab??a en aquel piso. Era pequeño y tan delgado que, cuando se quitaba la camisa, se le ve??an todas las costillas; su cuerpo, blanco y limpio, semejaba el de un muchacho de diez años. Ten??a largos y espesos cabellos, medio grises, que formaban un marco demasiado grande para su cara pequeña, de trazos regulares y minúsculos. Al observar que guardaba cierta semejanza con los santos de los ??conos, Ivan Ivanovich, el practicante, le clasificó al principio entre los individuos severos e intolerante; pero luego de la primera conversación con él, mudó de opinión y su fe en la ciencia isonómica quedó quebrantada por algún tiempo.

El padre chantre, como se le llamaba, hablaba con placer, sin ocultar nada, de s?? mismo, de su familia y de sus conocimientos; preguntaba sobre los mismos asuntos a los otros, con tan ingenua curiosidad que nadie se ofend??a, y le respond??an gustosamente. Si alguien estornudaba, gritaba alegremente:

—¡Cúmplanse tus deseos!

Nadie ven??a a verle. Su enfermedad era grave, pero él no se sent??a desgraciado. Trabó conocimiento no sólo con los enfermos, sino con los

que visitaban la cl??nica, y no se aburr??a. A los enfermos les deseaba, varias veces al d??a, una curación rápida; y a los sanos, que pasaran el tiempo divertidos. Dec??a a todo el mundo algo agradable. Felicitaba, todas las mañanas, a sus vecinos por la llegada del nuevo d??a.

Siempre afirmaba que hac??a buen tiempo, aunque lloviera o nevara. Al decirlo, re??a dulcemente y palmoteaba, entusiasmado, sus rodillas. Daba las gracias a todo el mundo, con frecuencia, sin saber por qué . Habiendo tomado el té al mismo tiempo que Lorenzo Petrovich, le dio las gracias calurosamente.

—¡Qué bueno estaba! —exclamó entusiasmado—.

Un verdadero para??so, ¿no es cierto, padrecito?

¡Gracias por haberme hecho compañía!

Mostrá base muy orgulloso de su t??tulo de chantre, que llevaba desde hac??a tres años. Preguntaba a todos los enfermos, y a los sanos, de qué talla eran sus mujeres.

—La m??a es muy alta —dec??a con orgullo—. Y los niños también. Verdaderos granaderos, palabra de honor.

Todo cuanto ve??a en torno suyo —la limpieza, la amabilidad de los médicos, las flores en el pasillo —le parec??a delicioso. Tan pronto riendo como haciendo la señal de la cruz, exteriorizaba su entusiasmo a Lorenzo Petrovich:

—¡Dios m??o, qué hermoso es esto! ¡Un verdadero paraíso!

El tercer enfermo de la sala era el estudiante Torbetsky. Casi nunca abandonaba la cama. Todos los d??as ven??a a verle una joven, de elevada estatura, con los ojos bajos, modestamente y de paso ligero y seguro. Esbelta y graciosa, atravesaba el pasillo con paso rápido, se sentaba a la cabecera del enfermo y permanec??a all?? desde las dos hasta las cuatro, hora en que las visitas deb??an irse y las criadas serv??an el té a los enfermos. A veces, hablaba con animación, sonriendo

y bajando la voz. Pero se les o??an algunas frases, precisamente las que ellos no hubieran querido que se oyeran: "¡Te amo!" "¡Mi dicha!", etcétera. A veces, callaban largo rato, contentándose con cambiar miradas veladas. Entonces el chantre, tosiendo, sal??a de la sala con aire de hombre muy ocupado, y Lorenzo Petrovich, que fing??a dormir en su lecho, ve??a, con los ojos entreabiertos, cómo se besaban los dos. Su corazón entonces lat??a aceleradamente y se sentía extrañamente turbado. Y le parec??a que las blancas paredes sonre??an tristemente.

II

La jornada en la sala principiaba temprano: cuando los primeros resplandores del alba la inundaban de una luz grisácea. A las seis serv??an el té a los enfermos, y lo beb??an lentamente. Luego les tomaban la temperatura. Algunos enfermos, entre ellos el chantre, se enteraron, all??, por vez primera, de que ten??an temperatura. Esto les parec??a algo misterioso, y cuando se les pon??a el termómetro pon??an aire grave. El tubito de vidrio, con sus l??neas negras y rojas, se convert??a en objeto providencial; y, según marcara una décima más o menos, se pon??an alegres o tristes. Hasta el chantre, a pesar de su habitual buen humor, se ensombrec??a cuando la temperatura de su cuerpo era más baja que la que les decían que era normal.

—¡Esto es una gaita! —dijo a Lorenzo Petrovich con el termómetro en la mano y examinándole con expresión de reproche.

—Prueba el termó metro otra vez y tal vez te dé una temperatura más alta —instóle el comerciante, burlándose.

El chantre segu??a el consejo, y si consegu??a una décima más, se pon??a alegre como unas castañuelas y le daba las gracias calurosamente por el excelente consejo.

Durante todo el d??a, todos y cada uno de los enfermos se preocupaba de su salud, y obedec??an con exactitud cuanto los médicos les recomendaban.

El chantre era el más grave: cuando cog??a el termómetro o tomaba una medicina, pon??a rostro severo. Cuando le daban, para analizarlos, varios vasitos, los colocaba en perfecto orden sobre su mesita de noche, cuidadosamente numerados; y como ten??a mala letra, rogaba al estudiante que le escribiera los números. Reprend??a paternalmente a los que descuidaban las prescripciones de los médicos, sobre todo al obeso Minayev, que estaba en la sala número 10; los médicos hab??an prohibido a Minayev que comiera carne, pero se la sustra??a a sus vecinos de mesa

y se la engullía sin masticarla.

A eso de las siete; una luz clara, que penetraba por las inmensas ventanas inundaba la sala. Hab??a tanta claridad como en el exterior, todo brillaba: las blancas paredes, las camas, el suelo, la vasija de cobre. Rara vez se acercaba alguien a las ventanas: la calle y cuanto pasaba fuera de la cl??nica no exist??a para los enfermos.

All??, la vida segura, su curso en toda su plenitud: el tranv??a lleno de pasajeros, compañ??as de soldados grises, bomberos de cascos relucientes, las tiendas abr??an y cerraban. Aqu??, no hab??a más que enfermos, que guardaban cama, a menudo sin fuerzas ni para volver la cabeza o paseaban con sus blusas grises, sobre el suelo encerado; aqu?? se sufr??a y se mor??a. El estudiante recib??a todas las mañanas un periódico, pero ni él ni los demás apenas lo le??an. La más pequeña irregularidad en las funciones del estómago de uno de ellos, produc??a más efecto que la guerra y los acontecimientos de importancia mundial.

A eso de las once ven??an los doctores y los estudiantes, y dedicaban horas enteras al examen minucioso de los pacientes. Lorenzo Petrovich se quedaba acostado tranquilamente, la mirada clavada en el techo, y respond??a a las preguntas con tono descontento. El chantre, emocionado, charlaba por los codos, de manera incomprensible, queriendo animar a todo el mundo. De s?? mismo solía decir:

—Cuando tuve el alto honor de llegar a la clínica...

De la enfermera decía:

—Cuando tuvo la bondad de purgarme...

Sab??a siempre, al minuto, a qué hora se levantaba, se acostaba, se sent??a mal. Cuando se marchaban los médicos, se pon??a más alegre, daba las gracias, y estaba más contento si hab??a tenido la suerte de saludar separadamente a uno de los doctores.

—¡Esto está tan bien, tan bien! —exclamaba exultante.

Y contaba, de nuevo, a Lorenzo Petrovich, que callaba, y al estudiante, que sonre??a, cómo saludo primero al doctor Alejandro Ivanovich, luego al doctor Semenio Nicolayevich.

Sus d??as estaban contados; su enfermedad era incurable. Pero no lo sab??a y hablaba con entusiasmo del viaje que ten??a proyectado a un monasterio, después de curado, y del manzano de su huerto: aquel año deb??a dar mucha fruta. Cuando hac??a buen tiempo, y las paredes y el suelo inundados de rayos de sol, incomparable de vigor y belleza; cuando las sombras, en los lechos blancos como la nieve, eran de un azul opaco, cantaba plegarias con voz conmovida. Su voz de tenor, débil y tierna, temblaba de emoción; procuraba no le vieran los vecinos cuando se enjugaba las lágrimas que arrasaban sus ojos. Luego, aproximándose a la ventana, admiraba la gloriosa bóveda celeste, tan alejada de la tierra, tan serena en su belleza, que parecía, ella misma, un cántico divino.

—¡Sé clemente conmigo, Dios omnipotente! — rezaba el chantre—. ¡Perdóname mis pecados y dirígeme por tus senderos!...

A horas fijas serv??an las comidas. A las nueve cubr??an la lámpara elé ctrica con una pantalla de tela azul, y en la gran sala empezaba la larga noche silenciosa.

La cl??nica se sum??a en un sueño profundo.

Solamente en el pasillo, iluminado, ante el cual quedaba la puerta abierta de la sala, velaban las enfermeras, haciendo media y hablando en voz baja, A veces, haciendo ruido con su andar pesado, cruzaba el pasillo un enfermero. Alrededor de las once mor??an los últimos ruidos del d??a, y un silencio de cripta, sensible a los más leves rumores, comienza a reinar. Este silencio captaba ávidamente todo ruido ligero, transmitiendo de una a otra sala el ronquido de los pacientes, sus toses y sus gemidos. A menudo eran ruidos engañosos, llenos de misterio, y no se sab??a si era un ronquido apacible o la agonía de la muerte.

Salvo la primera noche, cuando, sumido en profundo sueño, lo olvidó todo, Lorenzo Petrovich no dorm??a ninguna noche, asaltado por un enjambre de pensamientos conturbadores. Con las manos cruzadas bajo la nuca, inmóvil, clavaba la mirada en la lámpara eléctrica, cubierta con una pantalla. No cre??a en Dios, no ten??a apego a la vida y no tem??a la muerte. Hab??a derrochado todas sus fuerzas vitales estúpidamente, inútilmente, sin ningún placer. Cuando todav??a era joven y ten??a hermosos cabellos, robaba a su amo; le pegaban cruelmente con frecuencia y odiaba a quienes le pegaban. Convertido en amo, aplastaba

con su dinero a la gente baja, pobre y humilde, a la que despreciaba y a quien inspiraba odio y terror.

Cuando llegaron la vejez y la enfermedad, comenzaron a robarle a su vez, y si atrapaba a alguien, le pegaba cruelmente, sin compasión. Tal era toda su vida. Estaba llena de odios y de injurias.

Las chispas de amor se extingu??an en aquel ambiente, dejando tras sí frías cenizas en el corazón.

Ahora quisiera aislarse de la vida, encontrar el olvido. Despreciaba su propia estupidez y la de los demás. No admit??a que hubiera gentes que amasen la vida, y en sus noches sin sueño volv??a con frecuencia la cabeza hacia el lecho donde dorm??a el chantre. Examinaba largo rato los contornos de su vecino, que roncaba, y se dec??a, con los labios apretados: ¡Qué idiota!

Luego miraba al estudiante, que también dorm??a, y rectificaba: ¡Dos idiotas!

Al rayar el d??a, su alma se sum??a en el silencio y su cuerpo hac??a, dócilmente, cuanto se le ordenaba.

Pero este cuerpo era cada d??a más débil, y se quedaba como una masa inerte sobre el lecho.

El chantre se debilitaba también. Ya no se paseaba por las salas, rara vez re??a; pero cuando el sol inundaba con sus rayos la cl??nica, empezaba a charlar alegremente, a dar gracias al sol y a los médicos y a hablar de su manzano. Después, entonaba un cántico religioso y su rostro, enflaquecido, se tornaba más sereno y adquir??a una grave expresión. Cuando acababa de cantar, se aproximaba a la cama de Lorenzo Petrovich y le contaba, otra vez, los detalles de la ceremonia de su promoción al grado de chantre.

—Me dieron un certificado enorme, as?? de grande —y extend??a los brazos—. Y todo lleno de letras.

¡Había hasta letras doradas!

Alzaba los ojos hacia el icono, se santiguaba y añadía, con respeto para su propia persona:

—Al pie del certificado estaba el sello del mismo obispo. ¡Un sello enorme! ¡Ah, qué hermoso era todo aquello!

Re??a contento y feliz, Pero cuando el sol se iba de la sala, ocultándose tras una nube gris, y todo se tornaba triste y sombr??o en torno suyo, suspiraba y se metía en la cama.

III

En los campos y los jardines había nieve todav??a, pero las calles estaban despejadas. A lo largo de las casas corr??an arroyuelos, formando charcos en el asfalto. El sol inundaba la sala con torrentes de luz y calentaba tanto, que obligaba a esquivar sus rayos ardientes, como en el verano. Y era dif??cil creer que, tras las ventanas, el aire fuera todav??a húmedo y fr??o. A la luz solar, la sala, con su alto techo, semejaba un angosto rincón, pesado el aire, oprimido por las paredes. El ruido de la calle no penetraba por las dobles vidrieras; pero cuando se abr??an las ventanas, por la mañana, la sala se llenaba de repente con los gorjeos alborotados de los gorriones. Ahogaban todos los demás sonidos; se apoderaban de los pasillos, sub??an las escaleras, entraban impertinentes en el laboratorio. Los enfermos, a quienes se hac??a salir al pasillo, sonre??an al o??r los gritos de los gorriones, y el chantre murmuraba, con alegre extrañeza:

—¡Cómo alborotan los gorriones!

Pero se volv??an a cerrar las ventanas, y el ruido mor??a tan de súbito como naciera. Los enfermos volv??an presurosos a la sala, como si aun esperasen o??r el eco de aquel ruido, y respiraban ávidamente el aire fresco.

Ahora se acercaban más a menudo a las ventanas, enjugando los cristales con los dedos, aunque estaban limpios. Refunfuñaban cuando les tomaban la temperatura, y no hablaban más que del porvenir. Todos se imaginaban ese porvenir tranquilo y óptimo, hasta el muchachito de la sala 11, al que llevaron a una habitación particular y hab??a desaparecido también. Algunos enfermos le vieron cuando le transportaban sobre su cama, la cabeza hacia adelante; estaba inmóvil, y solamente sus ojos profundos miraban en torno suyo; hab??a tanta tristeza y desespero en sus miradas, que los enfermos volv??an la cabeza. Adivinaban que el muchacho hab??a muerto; pero nadie estaba turbado ni asustado, por aquella muerte: all??, como en la guerra, la muerte era un fenómeno trivial y simple.

La muerte se llevó, casi por el mismo tiempo, a otro enfermo de la sala número 11, un viejecito vivaracho, atacado de parálisis. Se paseaba con aire despierto por la cl??nica, con un hombro hacia adelante, y contaba a todos siempre lo mismo: la historia de la conversión al cristianismo bajo el rey Woldemar el Santo. No se pod??a comprender por qué esta historia le hab??a conmovido tan profundamente; hablaba muy bajito, de manera incomprensible, entusiasmado, agitando la mano derecha y moviendo el ojo derecho, pues ten??a paralizado todo el lado izquierdo del cuerpo. Si se hallaba de buen humor, terminaba su relato con una exclamación triunfal: "¡Dios está con nosotros!"

Después se iba presuroso, con una risita confusa, tapándose la cara con la mano derecha. Pero con mayor frecuencia estaba triste y melancólico, y se lamentaba de que no le pusieran un baño caliente, que le hubiera curado por completo; estaba seguro de ello. Unos d??as antes de su muerte, le dijeron que por la noche le preparar??an un baño caliente.

Durante todo el d??a estuvo excitado, y repet??a: "¡Dios está con nosotros!" Cuando estaba en el baño, los enfermos que pasaban por all?? cerca, le oyeron su voz, eufórica: contaba por última vez al vigilante la historia de la conversión de Rusia al cristianismo bajo el reinado de Woldemar el Santo.

No hab??a grandes cambios en la salud de los enfermos de la sala 5. El estudiante Torbetsky mejoraba, mientras Lorenzo Petrovich y el chantre estaban más débiles cada d??a. La vida y las fuerzas les abandonaban de un modo imperceptible, y no lo advert??an, como si fuera cosa natural que no se pasearan ya por la sala y que estuvieran acostados todo el día.

Los doctores ven??an con regularidad, con sus blusas blancas, y los estudiantes examinaban a los enfermos y cambiaban impresiones.

Un d??a llevaron al chantre a la sala de conferencias; cuando regresó, estaba agitad??simo y charlaba sin cesar. Re??a nerviosamente, se santiguaba, daba gracias y, de vez en cuando, se enjugaba los ojos, que los tenía enrojecidos con un pañuelo.

—¿Por que llora, padrecito? —inquirió el estudiante.

—¡Ah, querido, si usted hubiera visto aquello! ¡Es tan emocionante!

Semenio Nicolayevich me hizo sentar en un sillón, se puso a mi lado y dijo a los estudiantes: "¡He aquí al chantre!"

En su rostro se dibujó una expresión grave; pero las lágrimas asomaron de nuevo a sus ojos y, volviendo pudorosamente la cabeza, prosiguió, diciendo:

—¡Tiene una manera de decir las cosas ese Semenio Nicolayevich! Es tan conmovedor, que le parte a uno el corazón.

Sollozó levemente y continuó:

—Hab??a una vez —dijo Semenio Nicolayevich—, había una vez un chantre... Había una vez...

Las lágrimas le cortaron la palabra. Luego de haberse acostado, susurró con voz ahogada:

—Ese buen Semenio Nicolayevich ha contado toda mi vida. Cómo viva en la miseria mientras no era más que ayudante del chantre... todo... No ha olvidado tampoco a mi mujer... Que el buen Dios se lo recompense... ¡Era tan emocionante, tan emocionante! Como si yo estuviera ya muerto y se me hiciera la despedida... Hab??a una vez un chantre...

Había una vez...

Al o??rle hablar de esta manera, todos comprendieron que no tardar??a en morir. Era tan evidente como si la muerte estuviera ya all??, a su cabecera, Parec??a que su cama estuviera ya envuelta en un fr??o de tumba. Y cuando calló , tapándose la cabeza con la sábana, el estudiante se frotó nerviosamente las manos, que se le hab??an quedado heladas. Lorenzo Petrovich soltó una risa brutal y comenzó a toser.Los últimos d??as, Lorenzo Petrovich estaba muy turbado y volv??a la cabeza sin cesar hacia el cielo azul, que se vislumbraba por la ventana. Ya no permanec??a inmóvil, como antes: agitábase en el lecho y se enojaba con los compañeros enfermos.

Manifestaba su mal humor hasta con el doctor. Este era un hombre bueno, de gran corazón, y una vez le preguntó con afecto:

—¿Qué tiene usted?

—¡Me aburro! —contesto Lorenzo Petrovich, con el tono de un niño enfermo, cerrando los ojos para disimular sus lágrimas.

Aquel d??a anotaron en el diario donde se inscrib??a la temperatura, as?? como todo el curso de la enfermedad: "El enfermo se aburre".

El estudiante segu??a recibiendo las visitas de la joven a quien amaba las mejillas de la bien amada estaban teñidas de un color vivo cuando llegaba de la calle, y era agradable, y también un poco triste, el mirarla.

—¡Mira qué calor tengo en las mejillas! —dec??a acercando el rostro a los ojos de Torbetsky.

Este miraba, mas no con los ojos: miraba con los labios, larga y fuertemente, pues se encontraba mucho mejor e iba recuperando fuerzas. Ya no se preocupaba de la presencia le los otros enfermos, y se besaban sin recato. El chantre volv??a delicadamente la cabeza; pero Lorenzo Petrovich no fing??a ya que dorm??a, y miraba a los amantes con provocación y burlonamente. Y ellos quer??an al chantre, y no querían a Lorenzo Petrovich.

El sábado, el chantre recibió una carta de su familia.

Hac??a una semana que la esperaba. Todos sab??an que la esperaba, y participaban de su inquietud.

Alegre y activo ya, recorr??a las salas mostrando la carta, recibiendo felicitaciones y dando las gracias.

Todos sab??an, desde hac??a mucho tiempo, que su mujer era muy alta: pero aquella vez contó un nuevo detalle, inédito hasta entonces:

—¡Cómo ronca mi mujer! Cuando duerme, se le puede pegar con una maza, que no despertará: ¡Sigue roncando! ¡Lo mismo que un granadero!

Frunciendo maliciosamente las cejas, añadió con orgullo:—Y esto, ¿a que no la habéis visto? ¿Eh?...

Enseñaba un extremo del papel sobre el cual se ve??an los contornos irregulares de una mano de niño, en medio de la cual hab??a una inscripción:

"Tosia te env??a sus saludos". La manita, antes de ponerse sobre el papel, estaba, probablemente, muy sucia; por lo menos hab??a dejado manchas en la carta.

—¡Es mi hijo! ¡Es la mar de travieso! No tiene más que cuatro años; pero ¡es tan inteligente, tan inteligente! ¡Ha puesto su manita el picarillo!...

Retorciéndose de risa, se golpeaba las rodillas con las manos. Su cara tomaba por un instante el aire de un hombre sano; al mirarle no se dir??a que sus d??as estaban contados. Hasta su voz se volv??a robusta y sonora cuando se pon??a a cantar su cántico religioso favorito.

Aquel mismo d??a llevaron a la sala de conferencias a Lorenzo Petrovich. Se puso agitad??simo, temblorosas las manos y con una sonrisa aviesa en los labios. Rechazó colé ricamente al enfermero, que le quer??a ayudar a desnudarse, se acostó y cerró los ojos. Pero el chantre esperaba, impaciente, a que los volviera a abrir y, al llegar este momento comenzó a asaetear con preguntas a su vecino sobre lo que había ocurrido en la sala de conferencias.

—Es emocionante, ¿verdad? Probablemente han dicho: "Había una vez un comerciante..."

Lorenzo Petrovich, enfurecido, lanzó al chantre una mirada de desprecio, volvió le la espalda y de nuevo cerró los ojos.

—No te envenenes la sangre —prosiguió el chantre —. Pronto curaras, y todo irá bien.

Echado de espaldas, contempló pensativo el techo, donde se ve??a un rayo de sal venido no se sabe de dónde. El estudiante hab??a salido a fumar. En la sala reinaba silencio, roto de vez en cuando por la respiración lenta de Lorenzo Petrovich.

—S??, padrecito —dec??a rebosante de alegr??a el chantre—. Si por casualidad te encontraras en nuestro pueblo, ven a verme. No está a más de cinco kilómetros de la estación. Cualquiera a quien preguntes, te llevará a mi casa. Ven a verme: te recibiré como a un rey. Tengo all?? una sidra deliciosa, de una dulzura incomparable.

Suspiró y, tras breve pausa, siguió:

—Antes de entrar en mi casa, visitaré el monasterio, la catedral. Luego me llevaré bien en los famosos baños de vapor... ¿Cómo se llaman?...

Lorenzo Petrovich segu??a callado, y. era el mismo chantre quien se respondía:

—Baños del Comercio... Luego iré a mi casa...

Se calló , content??simo. Durante unos instantes no se oyó más que la respiración irregular de Lorenzo Petrovich, que parec??a la de una locomotora en una v??a de reserva. Y antes de que el cuadro de felicidad próxima imaginada por el chantre desapareciera de sus ojos, oyó palabras terribles; terribles, no sólo por su sentido, sino también por la maldad y rudeza con que fueron pronunciadas, — No es a tu casa sino al cementerio adonde irás — dijo Lorenzo Petrovich.

—¿Como, padrecito? —preguntó el chantre, sin comprender.

—¡Digo que es el cementerio lo que te espera!

Volvió se hacia el chantre para que le oyera mejor, para que ni una sola de aquellas palabras crueles se perdiera, y agregó; —O puede ser que te descuarticen aqu?? mismo, para mayor gloria de la ciencia, y para instruir a los estudiantes...

Y soltó una risa larga y siniestra, malévola.

—Pero vamos, padrecito, ¿qué es lo que dices? — balbució el chantre.

—Digo que aqu?? tienen una manera chusca de enterrar a los muertos: primero, cortan al desgraciado un brazo, y le entierran; luego una pierna, y la entierran igualmente, y as? sucesivamente. Si el difunto no tiene suerte, su entierro puede prolongarse todo un año.

El chantre miró con horror a su interlocutor, que siguió diciendo palabras horribles y repugnantes por su cinismo:

—En verdad, pobre chantre, me sorprendes: a pesar de tu edad avanzada, eres ingenuo como un santo. Trazas proyectos para el futuro. Tienes intención de visitar el monasterio, la catedral; hablas de tu manzano y, sin embargo..., no tienes más que una semana de vida...

—¿Una semana?

—S??, mi viejo; nada más. No soy yo quien te lo dice: son los médicos mismos quienes lo afirman. Ayer, cuando tú no estabas aqu??, les o?? hablar entre ellos...

Cre??an que yo dorm??a. "Nuestro chantre es cosa acabada —dijeron no tiene más que una semana de vida..."

—¿Nada más que una semana? —balbució el desventurado chantre, con voz apenas comprensible.

—Nada más, mi viejo. La muerte no esperará: no.

tiene piedad.

Y, alzando su enorme puño, agregó, después de mirarle un instante:

—¡M??rale! Es forzudo, ¿eh? Podr??a matar a un hombre y, sin embargo...

Yo también... ¡S??, yo también! ¡Ah, mi pobre chantre, qué tonto eres! "¡Visitaré el monasterio, la catedral!" No, viejo; ya no visitarás nada...

El rostro del chantre se hab??a tornado amarillo. No pod??a ni hablar, ni llorar, ni gemir. Silencioso, dejó caer la cabeza sobre la almohada y, esquivando la luz del día, tapóse la cara con la sábana.

Pero Lorenzo Petrovich no ten??a ganas de callarse, como si aquellas palabras crueles le hicieran un bien. Y con hipócrita bondad, continuó:

—S??, padrecito; una semana nada más. No tendrás tiempo de ir a los baños del Comercio. Quizá te pongan un baño caliente en el infierno... Es lo más probable...

En este momento entró el estudiante, y Lorenzo Petrovich calló. Tapó se también la cabeza con la sábana, pero se la quitó en seguida y, mirando irónicamente al estudiante, le preguntó, con la misma hipocres??a de hombre de bien y con sonrisa aviesa:

—¿Y la señorita? ¿Tampoco hoy vendrá?

—No... no se encuentra bien —respondió fr??amente el estudiante.

Es una lástima. Pero, ¿qué es lo que tiene? El estudiante no respondió. Acaso ni siquiera hab??a o??do la pregunta. Hac??a tres d??as que no ve??a a la joven. El estudiante hac??a como que miraba por la ventana sólo por distraerse; en efecto, espiaba la entrada del hospital con la esperanza de ver llegar a su amada. As??, pegado el rostro a los vidrios, nervioso, tan pronto desesperado como abrigando una esperanza, pasaba las horas. Cansado, pálido, tomó un vaso de té y se acostó, sin reparar en el silencio inusitado del chantre, ni en la locuacidad, inusitada también, de Lorenzo Petrovich.

—¿No ha venido hoy la señorita? —inquir??a el último con sonrisa siniestra.

IV

Aquella noche fue desmesuradamente larga. La lámpara eléctrica, cubierta con una pantalla, alumbraba débilmente la sala. El silencio era turbado, a veces, por los ronquidos o los gemidos de los enfermos. Una cachara cayó al suelo, y el estrépito producido fue como el de una campanilla, y vibró largo tiempo en el aire tranquilo e inmóvil.

Nadie durmió aquella noche en la sala 8; pero todos estaban quietos en sus camas y parec??an dormir.

Sólo el estudiante Torbetsky, no haciendo caso de los demás, se volv??a de todos lados, suspirando. Por dos veces hasta salió al pasillo a fumar un cigarrillo.

Al fin, durmióse con un sueño profundo, y su pecho se levantaba con plácida regularidad.

Probablemente ten??a sueños de dicha, pues en sus labios a loraba una sonrisa de contento. Aquella sonrisa parec??a muy extraña, casi misteriosa, en el rostro de un hombre dormido.

El reloj, que estaba en el compartimiento vecino, anunciaba las tres, cuando Lorenzo Petrovich, que comenzaba a dormitar, oyó un leve sonido, tembloroso y tierno, como una canción lejana y triste. Prestó o??do: el sonido se prolongó, h??zose más fuerte y parec??a, ahora; el llanto de un niño, encerrado en un cuarto oscuro, (pie, teniendo miedo a las tinieblas, y a la vez a los que le han encerrado, trata de reprimir sus sollozos. Lorenzo Petrovich, completamente despierto, al instante comprendió lo que pasaba: era una persona mayor, un hombre, que lloraba, sofocado, tragándose las lágrimas.

—¿Qué es eso? —inquirió asustado. Nadie le respondió. Los sollozos cesaron. La sala se hab??a vuelto más triste aun. Las paredes blancas estaban impasibles y fr??as. No hab??a nadie a quien poderse quejar de la soledad y del miedo, y pedirle protección.

—¿Quién llora? —insistió Lorenzo Petrovich—.

¿Eres tú, chantre?

Los sollozos, que por un instante se hab??an como escondido muy cerca de Lorenzo Petrovich, tornaron a empezar de nuevo. Llenaron ahora la sala. La sábana que cubr??a el cuerpo del chantre se bajó, y la plaquita metálica adosada a la cama, tembló.

El chantre lloraba cada vez más fuerte.

Lorenzo Petrovich se sentó en la cama y, después de reflexionar un momento, bajó al suelo.

Acometióle un vértigo, y le costó trabajo sostenerse sobre las piernas; parec??ale que alguien hac??a girar en su cerebro pesadas bolas de piedra. Su corazón lat??a tan fuerte como si le golpearan con un martillo desde dentro del pecho.

Acercóse, respirando con dificultad, al lecho del chantre, que estaba a un metro de distancia del suyo. Agotado por este esfuerzo, palpó con su mano el cuerpo del chantre, quien, sin pronunciar una sola palabra, le cedió un pequeño sitio para que se pudiera sentar.

—¡No llores! ¡Eso no vale la pena! —dijo Lorenzo Petrovich—. ¿Tanto temes a la muerte?

El otro se estremeció en su cama y exclamó , con voz lastimera:

—¡Ah, eso es tan!...

—¿Qué? ¿Tienes miedo?

—No, no tengo miedo... no tengo miedo... — balbució, sollozando con más fuerza aún.

—No te tienes que enfadar conmigo por habértelo dicho... Sería tonto enojarse...

—Pero si no estoy enojado. ¿Por qué hab??a de enojarme? No eres tú quien ha llamado a mi muerte... Viene ella sola.

—Entonces, ¿por qué lloras?

Esto no era piedad: Lorenzo Petrovich quer??a tan só lo comprender, mirando con atención el rostro del chantre y su perilla gris, que se ve??an apenas en la semioscuridad —¿Por qué lloras, pues? —insistió.

El chantre se cubrió el rostro con las manos y, balanceando la cabeza, respondió con voz lastimera:

—¡Ah, padrecito!... Es el sol lo que siento... ¡Si supieras como brilla en nuestra casa... en nuestro país!... Es algo maravilloso...

¿De qué sol hablaba? Lorenzo Petrovich no comprend??a, y se irritó . Pero un instante después recordó el torrente de luz que inundara la sala aquella mañana, recordó cómo brillaba el sol en su pa??s, sobre el Volga, en el bosque, en los senderos campestres, y, dejando caer con desesperación sus brazos a lo largo del cuerpo, cayo sollozando sobre la almohada, al lado del chantre.

Así lloraron los dos.

Lloraron el sol, que no ver??an más; el magnifico manzano, que dar??a frutos cuando ellos no estuvieran ya en este mundo; las tinieblas, que les envolver??an pronto; la vida, tan ardientemente deseada; y la muerte, tan cruel. El silencio de la noche agarraba sus sollozos y los repart??a por las salas, mezclándolos con los ronquidos de los enfermos, cansados del trabajo del d??a; con los gemidos de los enfermos graves y la respiración de los convalecientes, El estudiante dorm??a; pero la sonrisa hab??a desaparecido de sus labios, y sombras azules se posaron en su rostro inmóvil y triste. La lámpara eléctrica iluminaba la sala con su luz imperturbable, y las blancas paredes seguían impasibles.

* * *

La muerte se llevó a Lorenzo Petrovich a la noche siguiente, al amanecer. Se hab??a dormido con un sueño profundo; luego despertó de repente, comprendió que se iba a morir en seguida y que hab??a que gritar, pedir socorro, hacer la señal de la cruz. No tuvo tiempo; perdió la conciencia. Su pecho se alzó y se bajó de nuevo, sus piernas se entumecieron, su cabeza resbaló de la almohada.

El chantre, al o??r un leve ruido en el lecho de su vecino, preguntó sin abrir los ojos:

—¿Qué tienes, padrecito?

Nadie le respondió, y se volvió a dormir.

Cuando vinieron los médicos, le aseguraron que no ten??a que temer a la muerte, y que vivir??a aún mucho tiempo, y él tuvo en aquello plena confianza.

Desde la cama, saludaba con la cabeza, y daba las gracias, muy dichoso.

El estudiante también era feliz, y durmió con un sueño tranquilo; recibió la visita de su amada, que le besó muy fuerte, y estuvo a su lado veinte minutos más que de costumbre.

El sol había salido.

Leónidas Andréiev

Leonid Nikoláievich Andréyev (ruso ?????? ?????????? ???????; Oriol, 9 de agosto de 1871 - Mustamäki, Finlandia, hoy en la óblast de Leningrado, 12 de septiembre de 1919) fue un escritor y dramaturgo ruso que lideró el movimiento del Expresionismo en la literatura de su país. Estuvo activo en la época entre la Revolución de 1905 y la Revolución de Octubre de 1917 que finalmente destronó al gobierno zarista.

Nacido en Oriol (Rusia), Andréyev originalmente estudió Derecho en

Moscú y San Petersburgo, pero abandonó su poco remuneradora práctica para seguir la carrera literaria. Fue reportero para un periódico moscovita, cubriendo la actividad judicial, función que cumplió rutinariamente sin llamar la atención desde el punto de vista literario. Su primer relato publicado fue Sobre un estudiante pobre, una narración basada en sus propias experiencias. Sin embargo, hasta que Máximo Gorki lo descubrió por unos relatos aparecidos en el Mensajero de Moscú (Moskovski véstnik) y en otras publicaciones, empezó realmente la carrera de Andréyev.

Retrato de L. N. Andréyev, obra de Iliá Repin (1905).

Desde entonces hasta su muerte, fue uno de los más prolíficos escritores rusos, produciendo cuentos, bosquejos, dramas, etc., de forma constante. Su primera colección de relatos apareció en 1901 y vendió un cuarto de millón de ejemplares en poco tiempo. Fue aclamado como una nueva estrella en Rusia, donde su nombre pronto se hizo famoso. Publicó su narración corta, "En la niebla" en 1902. Aunque empezó dentro de la tradición rusa, pronto sorprendió a sus lectores por sus excentricidades, las cuales crecieron aún más que su fama. Sus dos historias más conocidas son probablemente "Risa roja" (1904) y "Los siete ahorcados" (1908). Entre sus obras más conocidas de temática religiosa figuran los dramas simbolistas "El que recibe las bofetadas" y "Anatema".

Idealista y rebelde, Andréyev pasó sus últimos años en la pobreza, y su muerte prematura por una enfermedad cardíaca pudo haber sido favorecida por su angustia a causa de los resultados de la Revolución Bolchevique. A diferencia de su amigo Máximo Gorki, Andréyev no consiguió adaptarse al nuevo orden político. Desde su casa en Finlandia, donde se exilió, dirigió al mundo manifiestos contrarios a los excesos bolcheviques.

Aparte de sus escritos de carácter político, Andréyev publicó poco a partir de 1914. Un drama, "Las tristezas de Bélgica", fue escrito al inicio de la guerra para celebrar el heroísmo de los belgas contra el ejército invasor alemán. Se estrenó en los Estados Unidos, al igual que "La vida del hombre" (1917), "El rapto de las sabinas" (1922), "El que recibe las bofetadas" (1922) y "Anatema" (1923).

"Pobre asesino", una adaptación de su relato "El pensamiento" escrita por Pavel Kohout, se estrenó en Broadway en 1976. En cine, el argentino Boris H. Hardy dirigió una cuidada versión cinematográfica de "El que

recibe las bofetadas", con Narciso Ibáñez Menta en el papel protagónico, estrenada en 1947.

Estuvo casado con la condesa Wielhorska, sobrina nieta de Tarás Shevchenko. Su hijo fue Daniil Andréyev, poeta y místico, autor de Roza Mira.

La nieta de Leonid Andréyev, la escritora estadounidense Olga Andrejew Carlisle, publicó una colección de sus cuentos, Visiones, en 1987.